

Ceuta: Apuntes sobre la historia de una población en el Estrecho de Gibraltar

José Luis GÓMEZ BARCELÓ, Ceuta

En el día a día, como investigador, archivero y cronista oficial de Ceuta, es frecuente la solicitud de una visión de la historia local, oral o escrita, con diferente extensión y enfoque, que siempre debe responder al interés de quién la pide. Desde múltiples intervenciones en cursos, ciclos de conferencias y congresos a la escueta *Semblanza histórica de Ceuta* (Gómez 2017⁴), pasando por participación en historias generales como la del Instituto de Estudios Ceutíes (Villada 2009) con el siglo XIX, la anotación de otras más antiguas como la atribuida al presbítero Lucas Caro (Caro 1989) o la escrita por Salvador Ros y Calaf (Ros 2017), y las redactadas para el mundo de la historia de la Iglesia, entre las que podemos destacar la realizada para la Biblioteca de Autores Cristianos (Sánchez 2002) o la preparada para unas *Jornadas de Historia de Ceuta* del Instituto de Estudios Ceutíes (Gómez 2004), han sido numerosas las que hemos llevado al papel. Sirva esta explicación como disculpa por ser ésta una nueva redacción de esos relatos, sin notables novedades, pero con la intención de dar una idea del origen de Ceuta y de su comunidad humana para un lector tan interesado como lejano en la geografía.

Introducción

Una simple mirada al mapa del Mediterráneo nos es suficiente para entender la importancia del Estrecho de Gibraltar. Lo que algunos denominaron “la calle Real del mundo”, no es ni más ni menos que la entrada y salida del Atlántico al Mediterráneo y viceversa. Es también el lugar donde dos continentes, Europa y África se miran y se ven, frente a frente; una corriente marítima que atraviesan miles de personas y a la que hoy en día se asoman localidades con tres banderas diferentes, es decir, la española, la marroquí y la británica.

En el Estrecho, hay dos hitos que destacan. Se trata de los promontorios de Ceuta y Gibraltar, uno frente al otro, albergando sendas bahías. *Abyla* y *Calpe* en las fuentes clásicas fueron siempre referencias para los navegantes de la antigüedad, siendo protagonistas de multitud de episodios legendarios.

Naturalmente, la historia de hoy no recurre a la mitología para explicar lo que sucedió en los tiempos remotos, sino a la arqueología, que ha puesto de manifiesto con los hallazgos del *Abrigo y Cueva de Benzú*, que abarcan un período entre 70.000 y 250.000 años de antigüedad, haber sido habitado por sociedades cazadoras-recolectoras durante el Pleistoceno Medio y Superior (Ramos et al. 2013: 264-266).

Seguramente, como tantas personas hoy, aquellos primeros habitantes de la región se asomaron al Estrecho viendo sencillo alcanzar la otra orilla, y algunos de ellos debieron lograrlo.

Más tarde, otras civilizaciones recorrerían las costas del *Mare Nostrum* y señalarían aquellos promontorios como lugares remotos, en los que se acababa el mundo conocido. Así, Ceuta, *Septem*, *Septem fratres*, *Heptadelfos*, *Abyla*... figuraría en derroteros, mapas y portulanos mucho antes de que surgieran poblaciones en su solar.

De factoría a ciudad

Durante años, los historiadores locales defendieron un origen púnico para la ciudad, basándose en estar dentro de la línea de factorías que se sucedían en la costa norteafricana, al menos hasta *Lixus*. También argumentaban a su favor que Ceuta formaba una bahía natural, abrigo de las embarcaciones de cabotaje que atravesaran el Estrecho y de lo que eran prueba los copiosos hallazgos de ánforas y piezas de anclas en sus aguas (Bravo 1988: 5-10).

Por fin, en el año 2004, una excavación en las inmediaciones de la Santa Iglesia Catedral ofrecía las primeras estructuras murarias fenicias, que los arqueólogos dataron en los siglos VII-VIII a. C., así como piezas cerámicas procedentes de talleres del Mediterráneo central y griegos del siglo VII a. C. (Hita y Villada 2007: 34-35).

En los siglos posteriores, el poblamiento del lugar debió estar capitalizado por los pescadores que obtenían las capturas, los trabajadores de las factorías de salazones, y los marineros que habían de transportar en sus naves los productos obtenidos de dicha industria, entre ellos el famoso *garum* que servía para condimentar las viandas de las mesas de las clases medias y altas de la época.

Las instalaciones debieron estar a pleno rendimiento en el siglo II y durante el III es posible que llegasen ya algunos cristianos, de cuyo rastro se hallaron cerámicas con motivos patrísticos en un nivel de incendio datado en esa centuria (Posac 1962: 35). No debieron ser pocos, cuando de escasos años después del edicto de Milán del 313 se ha encontrado una basílica

tardorromana, cuya construcción fue incluso ampliada antes de terminarse, y en la que se han estudiado varios niveles de enterramiento, constituyendo una necrópolis de gran importancia (Fernández 2000). Como todo en nuestra ciudad se sale de lo acostumbrado, en el lugar de privilegio del templo, en el ábside, los restos hallados –por tradición de alguna persona con fama de santidad o líder de la comunidad– son de una mujer (Sotomayor 1995). ¿Una virgen? ¿Una mártir? No lo sabemos, pero como siempre algo que llama la atención por lo inhabitual.

Qué duda cabe que en aquellos tiempos debieron convivir otras creencias y religiones, como pone de manifiesto el hallazgo de una inscripción votiva a Isis, entre fines del siglo II y comienzos del III d. C. (Bernal et al. 1998). Así y todo, la presencia cristiana se mantuvo fuerte, principalmente con el dominio bizantino, durante el cual sabemos que se construyó una nueva basílica que las fuentes árabes dicen que ocupaba el lugar donde luego se construyó la mezquita al-jama (Gozalbes Cravioto 1986), y los periodos en los que compitieron por el control de la población con vándalos y visigodos.

Medina Sebta

La caída de la ciudad en manos de las tropas de Musa Ben Nusayr, en el 709, constituye un momento muy importante para las aspiraciones de sus instigadores de dominar el Estrecho en ambas orillas, con indudable vocación de permanencia. Historiadores como García Moreno (García 1988) y Gozalbes Busto (Gozalbes 1990) han mantenido en los últimos años la teoría de que la rendición por parte del conde Ilián debió tener importantes ventajas entre las cuales estaría el que la población pudiera mantener sus prácticas religiosas, dando lugar a una comunidad mozárabe, quizá la primera de al-Andalus.

Pero los siete siglos de dominio islámico no fueron un relato romántico del siglo XIX, y los ceutíes de cada momento lo vivieron en sus carnes. Se sufrieron constantes ataques, invasiones y arrasamientos, que unas veces llegaron del norte –Córdoba, Málaga, Aragón, Granada...– y otras del sur –almorávides, almohades, benimerines– poniendo de manifiesto la importancia de su ubicación y de su puerto.

El primero de esos reveses se produjo muy pronto, durante la revuelta jariyí del 740-742 y dio lugar al arrasamiento de la población. Tuvieron que pasar décadas hasta que se produjera su reconstrucción, que se atribuye a una tribu politeísta cercana, los Medyekeses, en el primer cuarto del siglo IX, que dio lugar a la dinastía de los Banu Isam (Gozalbes 1989).

Enrique Gozalbes (Gozalbes Cravioto 1988: 16) recoge el paso por Ceuta de un numeroso grupo de judíos hacia Fez, consecuencia de la expulsión a la que llevó la revuelta del arrabal de Córdoba del 814 y apunta a que algunos pudieron quedarse en la ciudad, aunque fija en la centuria siguiente la constitución de una comunidad con cierto peso.

Durante estos años y hasta la integración en el califato Omeya, también en lo religioso, en la primera mitad del siglo X —y si olvidar un nuevo arrasamiento por parte de los cordobeses— la *medina Sebta* retoma su importancia comercial, estableciendo relaciones con mercaderes europeos, que se asientan en alhóndigas y arrabales en los que mantienen la práctica de su fe, como sin duda lo hacían los numerosos cautivos que, como en todas las naciones, convivían con sus dominadores.

Los mejores momentos de esa fructífera relación económica se dieron en los siglos XII y XIII, principalmente durante la taifa local de los Bargawati, en los que la tolerancia con judíos y cristianos era evidente. Posteriormente, se continuaría esa situación, aunque con sus contradicciones. Así, la represión almohade se cebó en los judíos, tras la revuelta local de 1148 y no podemos olvidar cómo fue esta la época en la que la persecución religiosa lleve a renunciar a su religión a Maimónides hasta recuperarla en el exilio, del mismo modo que la sufriría su discípulo, el ceutí Yosef ben Yehuda ben Acnín.

Un nuevo elemento en esa sociedad será la llegada de religiosos pertenecientes a las incipientes órdenes mendicantes. Su presencia en la asistencia a mercaderes y cautivos será muy valorada. Es cierto que hubo casos de martirios de grupos como los cinco Protomártires de Marruecos, en 1220, y S. Daniel y sus siete compañeros en Ceuta, en 1227, pero en estos casos entran en juego otros factores, como es la búsqueda *ex profeso* del martirio, en un resurgir del movimiento denominado *jaclatio martirii*, puesto en cuestión ya en el 839 por el concilio de Córdoba (Hagerty 1978: 121).

La vida de estas minorías, ya fueran cristianas o judías, no debió ser fácil y siempre estuvo sometida a las condiciones de quienes ostentaban el poder, unas veces más tolerantes que otras. De hecho, no debemos olvidar que la razón misma de dinastías como la almorávide o la almohade era recuperar la pureza religiosa de sus prosélitos, amenazada constantemente por la heterodoxia de influencias tanto internas y externas.

Ya fuera por un tema de combatir la presencia de extranjeros en la población, ya fuera por la pérdida de interés de los mercaderes europeos en las rutas que pasaban por Ceuta, no parece que a comienzos del siglo XV hubiera presencia de cristianos al producirse la conquista por las tropas de Juan I de Portugal y, posiblemente, tampoco fuesen muchos los judíos que la habitaban.

¿Qué sabemos de aquellos últimos momentos de la *medina Sebta*? Pues mucho. Mucho porque tenemos la gran suerte de que uno de sus pobladores, de aquellos ceutíes que se vieron lanzados al exilio en 1415 escribió una de las mejores descripciones conocidas de una medina medieval. Se trata de la descripción de Ceuta de Al Ansari, editada en diferentes momentos y por distintos investigadores (Vallvé 1962: 398-442), que nos ofrece una valiosísima información sobre sus barrios, calles, edificios públicos y privados y toda suerte de datos.

Y así sabemos que todas estas minorías vivían en uno de los arrabales exteriores de la población, cuyos restos debieron quedar bajo las fortificaciones levantadas por portugueses y españoles en los siglos XVI al XVIII.

Portugal

A comienzos del siglo XV Portugal estaba constreñido entre el mar y Castilla. No había lugar por dónde expandirse en la Península, por lo que había que buscar nuevos horizontes. África había sido una asignatura pendiente para diferentes monarquías como la castellana y la aragonesa. Juan I de Portugal vio en las costas transfretanas esa oportunidad, que vendría a intervenir las rutas comerciales que venían de oriente, daría al traste con la piratería en las costas occidentales del Mediterráneo y ayudaría a aumentar la presión sobre Granada. A estas razones se sumaron las religiosas y caballerescas, importantes en el mundo medieval, pero que no deben hacernos olvidar las económicas y de poder.

La conquista se preparó concienzudamente y debía haberse producido posiblemente el día 14 ó el 15 de agosto de 1415, pero un temporal que se produjo el día 12 en el Estrecho, desplazó la flota hacia el este, llevando al desconcierto a todos. La operación estuvo a punto de abortarse, pero al fin se produjo el 21 de agosto (Baeza 1998), desembarcando el grueso de la armada en las playas de San Amaro, y entrando por la Almina, barriendo a toda la población de este a oeste.

Todas estas operaciones preliminares tuvieron lugar a la vista de los gobernantes de la *medina Sebta*, que tuvieron tiempo de organizar su defensa y, posiblemente también, de planificar la salida de parte de la población civil. De hecho, su gobernador ni rindió la plaza ni se entregó, ocupando más tarde cargos en otras poblaciones de los alrededores. Hay que pensar en que seguramente, los desalojados pensaron que tras lograr un suculento botín, las tropas lusas abandonarían la plaza y volverían a Europa, lo que no estaba en la mente del Rey ni de su corte.

Respecto a la parte militar y de represión, no hay conquista sin sangre, pero el diseño de la ocupación, permitiendo la salida por tierra de sus habitantes, debió reducir drásticamente los daños personales. Tampoco se habla en las fuentes de cautivos ni prisioneros, lo que de haberse producido, se hubiera señalado como se hizo con las riquezas obtenidas en el saqueo de los palacios, viviendas y comercios.

Es curioso como las cabilas vecinas han ido creando un imaginario de ocupación por engaño, al modo del mito de Troya, en leyendas que cuentan el desembarco de unas naves comerciales, cuyas mercancías se desembarcarían en el muelle de la ciudad, para durante la noche, salir de su interior los guerreros que habrían de tomar la ciudad a traición, abriendo sus puertas al monarca. Había que justificar lo que no tenía justificación: la pérdida de una joya que acaba de cambiar de corona. “La perla colocada entre el pecho y la garganta del mundo” que dijera el anónimo autor de al-Bayan al-Magreb (Lería 1961: 129).

Tras la conquista, se celebraron festejos en los que se armó caballeros por el Rey a los Infantes y estos a otros destacados compañeros en la gesta. Hubo oficios religiosos y se mandaron cartas a la Santa Sede y las principales Monarquías para dar a conocer el éxito de la operación. Con posterioridad, el cronista de la corte Gomes Eanes de Zurara (Zurara 1918) elaboraría una *Crónica da tomada de Ceuta*, que tendría su traducción a latín años después, por Mateo Pisano. El latín era la lengua universal de la época y había que llevar la noticia a todos los confines del mundo conocido.

La construcción de una identidad

No debió quedar nadie de la *medina Sebta* para comenzar la andadura de aquella nueva ciudad que sería Ceuta, salvo algunos cautivos. Tampoco se cuenta que hubiera cristianos que no participaran de su condición de cautivos para sus antiguos pobladores, ni judíos, y las crónicas con las que contamos son muy detalladas.

Los portugueses, fieles a su lógica militar, redujeron el espacio urbano al istmo, el mismo que ya fuera delineado por Bizancio y que formó el centro de la medina califal, reconstruyendo sus murallas y arrasando los arrabales exteriores que podían servir al enemigo para hacerse fuertes en sus intentos de recuperar lo perdido.

Calculan que fueron 2.500 caballeros los que quedaron para su guarnición, tras los cuales irían llegando sus familias, hasta formar un núcleo de cuatro o cinco mil almas. Salvo algunos cautivos y en los momentos de paz, comerciantes que podían entrar y salir al menos hasta el tiro de cañón, no habría

musulmanes, y los judíos serían muy pocos, dedicados a profesiones como la medicina, el comercio o la interpretación, siempre venidos de Portugal y que hasta el siglo XVI no parece que lograran formar una comunidad.

Como tantas veces antes, el solar ceutí volvía a comenzar de nuevo, con una nueva población con vocación de enraizarse. Juan I quiso que Ceuta fuese considerada con una población importante, lo que demostraba completando su título como: *Rey de Portugal y del Algarve y Señor de Ceuta*.

Ya lo era por su ubicación en el mundo, por sus murallas y su renombre, pero a los ojos de Europa necesitaba una nueva organización institucional. Así, la dotó de un gobernador en propiedad, Pedro de Meneses, que con título de conde primero y de marqués después, habría de gobernarla en lo político y militar. Para su consejo, tendría un pequeño Senado, la Cámara, al modo del resto de Cámaras municipales de su reino. Y quería más, quería que el máximo rango llegara también a lo religioso, por lo que solicitó y consiguió de la Santa Sede, el título de Ciudad en 1418, culminado en 1420 con la delimitación de su diócesis y el nombramiento, un año después, de su primer obispo, el que había sido capellán de la Reina doña Felipa: Amaro de Aurillac, hasta entonces titular de la diócesis de Marruecos (Gómez 2002).

Las mezquitas dieron paso a templos y ermitas, que se llenaron de advocaciones de vírgenes y santos populares en Portugal, que hoy se conservan; se comenzó a utilizar la bandera de San Vicente como propia, el escudo del Reino, con variantes, como el de Ceuta, y una moneda, el ceutil, se acuñó para circular por todo el mundo, con tal éxito que Cristóbal Colón, en su primer día en el nuevo continente, entregó varios de ellos por unas madejas de hilo.

Es curioso como hoy en día, la imagen más antigua conservada en Ceuta es la Virgen del Valle, que según la tradición iba en la nave del Rey durante la conquista, o que la Virgen de África, patrona de Ceuta, es la talla que mandó el Infante D. Enrique a los caballeros de la Orden de Cristo tras serle encomendada la defensa de Ceuta. Pero no lo es menos que la petición que hizo el infante de rezar por su alma y la de sus padres cada sábado, haya dado lugar a la Sabatina, que se cumple fielmente como hace seiscientos años.

Si la Sabatina es patrimonio inmaterial de Ceuta, qué decir del ritual que se sigue en la toma de posesión de los gobernadores, que desde el siglo XV se hace con el bastón con el que le diera posesión el rey a D. Pedro de Meneses en 1415, y que se pone luego en manos de la Virgen de África al menos desde 1743, en señal de petición de protección divina sobre sus naturales.

A mitad del siglo XVII había una comunidad judía importante, con peso intelectual y comercial, respetada y que en muchos casos tenían sus negocios y viviendas fuera de las denominadas Aduanas, un edificio grande que había

sustituido a la Alhóndiga o Arrabal que fue su ubicación en época islámica (Gómez 2014).

Además, los acuerdos de paz firmados con las autoridades circunvecinas, dieron lugar a un período de intercambio comercial y vital con las cabilas, llegando a permitirse la celebración de romerías hasta Sidi bel Abbas, en los confines orientales del pequeño territorio local (Gómez 2008). Comenzaba a practicarse la coexistencia y el respeto entre personas con diferentes formas de hablar, de vestir, de comer, de rezar...

La transición de los Felipes

En 1578 muere en la batalla de Alcazarquivir el rey Sebastián I de Portugal, dejando el trono en manos de su anciano tío, el cardenal don Enrique. Su muerte, dos años más tarde, sumirá el reino en una guerra por la sucesión que ganará Felipe II, que va a convertirse en Felipe I de Portugal –como también lo era de Aragón–, es decir, que va a incorporar Ceuta a su corona.

El monarca envió orden al duque de Medina Sidonia para que se tomara posesión de Ceuta y para ello vino el corregidor de Gibraltar, Antonio Felices de Ureta, quien ordenó tremolar en la torre más alta un nuevo Estandarte Real, con las armas de Portugal en una cara, y las de Felipe de Austria en la otra. Una enseña que sigue siendo pieza fundamental del patrimonio local y se conserva en el salón del trono de Palacio de la Asamblea de la ciudad de Ceuta.

Más tarde llegaría el visitador Jorge Seco, que inspeccionó todas las instituciones y servicios de la Plaza, para trazar las líneas maestras de las próximas actuaciones a seguir, siempre desde la legalidad lusa, pero con el apoyo de una corona más rica y poderosa.

Los Austrias trataron a Ceuta de forma especial, con el cuidado de no molestar a la corte lisboeta, pero dejando claras las ventajas que tenía Madrid sobre Lisboa en cuanto a peso económico, y Gibraltar y su campo frente al Algarve para organizar sus transportes, abastecimientos y socorros. En esa época encontramos algunos mercaderes extranjeros, entre ellos algunos armenios, que seguramente tenían conexiones con Cádiz.

Así permanecerían las cosas hasta que en 1640 se levantó Portugal a favor del duque de Braganza, que se convertiría en Juan IV de Portugal. Ceuta decidió no seguir su partido y mantenerse fiel a los Felipes, lo que le valió los títulos de *Siempre Noble y Leal*, y más tarde el de *Fidelísima*. La decisión no fue fácil y en el camino quedaron muchas rentas y familias que hubieron de escoger entre la permanencia en Ceuta o la vuelta a la obediencia a Lisboa.

Los Braganzas se resistieron, ante la falta de posición de la Santa Sede, verdadero árbitro de los asuntos internacionales en la época, que ni tan siquiera quiso elegir sucesores a la mitra de Ceuta durante más de treinta años por no tener que escoger entre las propuestas de una corte u otra. El punto final vendría con el tratado de Paz de 1668, que reconocería la incorporación de Ceuta a la corona española.

El Antiguo Régimen

La apuesta de los ceutíes se vio recompensada por la corona española, que mantuvo en un principio no solo los fueros y privilegios de la ciudad y sus habitantes, sino también las instituciones y estructuras de poder. Naturalmente, desde 1640 se había hecho un esfuerzo por ir generando un ambiente españolizante, favoreciendo la llegada de población civil y militar desde Andalucía, así como impulsando la carrera de las familias lusas en la península (Gómez 2017a).

Ese corpus de normas no siempre escritas comprendían pensiones por residir en la ciudad, considerando que todos sus habitantes estaban siempre dispuestos a defenderla; también había exenciones de impuestos, premios hereditarios en dinero y en trigo, repartos de las presas del corso y la famosa carta *a metade*, similar al fuero del Baylío, que establecía una comunidad de bienes entre los esposos, que a la larga tuvo su incidencia en la educación de la mujer en la ciudad.

Pero la prueba de la importancia que Madrid daba a Ceuta se pondría de manifiesto con el cerco impuesto a la Plaza en 1694 por Muley Ismail y que no se levantaría hasta su muerte, en 1727. En tan largo período de tiempo, y sin que ni tan siquiera la Guerra de Sucesión hiciera vacilar a los monarcas, no faltó la ayuda militar para combatir a un ejército que en algunos momentos gozó de la protección de otras naciones como Inglaterra.

Momento de impactante incertidumbre debió ser la caída en 1704 de Gibraltar y la solicitud de rendición que la armada de Darmstadt hizo al gobernador de Ceuta, que optó por resistir, ante la llegada de la flota francesa que otorgó seguridad a la región.

El largo asedio, además, tuvo notables consecuencias en la población, como fue la conversión del sistema de fortificación renacentista en un modelo de defensa ístmico flamenco, experimentado paralelamente en Cádiz, y el refuerzo de su muralla Real. Esas obras y la de construcción de bóvedas y cuarteles, produjeron la desaparición de los barrios de la Cerca y el Castillo, y el desplazamiento de la población civil hacia la Almina (Gómez 2006).

El istmo fue habitado por los militares que dirigían la defensa y surgieron al este del Revellín los nuevos barrios de Antíoco, la Cigarra, Remedios... En esos momentos desaparecieron también los judíos de la ciudad. La versión oficial fue su expulsión, pero hay que valorar también el desinterés de un grupo de personas que tenían ligada su vida al comercio y tráfico con Marruecos, ahora impedido por la guerra, y las posibilidades que se les abría desde Gibraltar, en manos británicas desde 1704 y que sería su lugar de destino. Desde allí no dejarían de venir a Ceuta, amparados en su nuevo pasaporte, como lo harían con Tetuán o Tánger.

El siglo XVIII fue una época de cambios muy provechosos para la ciudad, que vio levantar nuevos edificios, muchos de ellos públicos, destinados a proporcionar sedes a servicios oficiales, sanitarios, asistenciales... dentro de la corriente ilustrada que proponían los borbones. Incluso tragedias como la gran epidemia de peste bubónica de 1743-44 fue aprovechada para inyectar una enorme suma de dinero con la que se mejoraron las condiciones de vida de los ceutíes de forma evidente.

Ante esas mejoras, se iniciará el asentamiento de industriales y comerciantes entre los cuales podemos destacar un grupo importante de genoveses que desde la explotación de la almadraba, fomentarán la pesca e introducirán su forma de producir pastas, dulces, panes...

Estas intervenciones fueron restando poder a la Iglesia, que hasta entonces había dominado en solitario campos como la sanidad, la asistencia en la vida y en la muerte, la educación, el control del movimiento demográfico... Y en el que el Estado va a aumentar su poder, para erosionarlo gravemente al mermar su capacidad económica con las medidas desamortizadoras que comenzarán en 1787 y proseguirán hasta mitad del siglo XIX.

A finales del siglo XVIII España se retiró del Oranesado, siendo necesario evacuar a las tropas originarias de la región para evitar que sufrieran represalias por las nuevas autoridades. Eran militares musulmanes, que llegaban con sus familias y que en parte se afincaron en Ceuta, donde hubo que habilitarles un barrio, en el que pudieran vivir, en su cultura, su religión y procurando su integración. Los mogataces dieron lugar a volver a experimentar, si no la convivencia, si la coexistencia con musulmanes, que cada semana al menos recorrían el camino de Ronda hasta el Hacho, para honrar la memoria de Sidi Bel Abbas, en cuyo derredor enterrarían a sus deudos durante más de media centuria (Gómez 2008). En este grupo habrá conversiones al cristianismo en un fenómeno que rara vez se había dado en la ciudad.

La llegada del Constitucionalismo

Si bien es cierto que en España no se produjo una Revolución como la de la Francia de 1789, no lo es menos que la reacción ante la invasión napoleónica y la debacle que sufrió el trono patrio entre la desertión de Carlos IV y la cobardía de Fernando VII, dieron como resultado el fin del Antiguo Régimen y el inicio del constitucionalismo.

La ciudad se manifestará siempre a favor de las decisiones tomadas en Cádiz, como último bastión constitucional y antifrancés. Pero esa resistencia se verá favorecida por la decisión de Napoleón de que Ceuta no se perdiera para España, ganara quien ganara la contienda. Gran Bretaña envió entonces un pequeño destacamento a Ceuta, compuesto de militares irlandeses y sus familias, que al practicar el catolicismo, serían mejor recibidas por la población. Residieron en la fortaleza del Hacho, donde incluso habilitaron un pequeño camposanto. Hay que decir que los irlandeses eran viejos conocidos de los ceutíes, por cuanto durante décadas habían formado parte de la guarnición regimientos como el de Irlanda, el de Ultonia o el de Hibernia.

La necesidad de abastecimiento de este grupo de familias justificó, oficialmente, la llegada de algunos judíos de Gibraltar, que se instalaron en el centro de la población y que, incluso cuando los británicos salieron de Ceuta, consiguieron permiso para continuar en ella. Estos pocos judíos no constituirían comunidad hasta la llegada, en 1860, de las familias exiladas de Tetuán tras la ocupación española, ante el temor a las represalias por parte de los marroquíes que les acusaban de colaboracionistas. Desde entonces, la comunidad consolidaría tanto sus lugares de enterramiento como de culto (Gómez 2014).

Desde finales del siglo XVIII van a llegar a Ceuta deportados de América algunos patriotas que se vieron involucrados en los movimientos independentistas. Cubanos, venezolanos, peruanos... pasarán por el presidio de Ceuta, que convivían con la plaza militar y la ciudad. Con ellos llegaron nuevas ideas que ponían en tela de juicio valores como la monarquía, la religión, la autoridad... A ellos debemos por ejemplo la llegada de los cafés, de la prensa o de las ideas liberales.

El presidio fue duro para los desterrados políticos del XIX, aunque mucho más para los confinados por delitos comunes, ya fueran europeos o americanos. Muchos de ellos desertaban y quienes lo conseguían se internaban en Marruecos, convirtiéndose al Islam. Las autoridades de ambos lados de la frontera acordaron que la vida de un hombre libre valía 25 pesetas de oro, por lo que algunas personas llevaban al cuello una moneda para pagar su libertad si

huían o si eran secuestrados. Algunos de los confinados americanos pactaban sus huídas por mar, para tratar de volver a sus países a través de Gibraltar.

Otros grupos de extranjeros en la ciudad fueron los numerosos franceses que se capturaron en actividades corsarias durante los períodos en que España estuvo en Guerra con Francia, y los filipinos y chinos que vinieron confinados por delitos cometidos en Filipinas y en los ingenios americanos en los que había numerosos chinos trabajando.

El mosaico de personas y religiones hacían de Ceuta una ciudad singular, sin parangón con ninguna otra de España, lo que sin ningún género de dudas debió ir generando la idiosincrasia de sus habitantes.

El paso del siglo XIX al XX

A partir de la guerra de la Independencia, y en especial en los momentos en los que hubo gobiernos constitucionales y liberales, la ciudad se fue abriendo a nuevas ideas y actividades, llegadas vía confinados extranjeros, vía comerciantes y profesionales liberales que venían de la Península en general y del campo de Gibraltar en particular.

La sociedad civil fue recuperando conquistas perdidas durante el siglo XVIII contra el poder militar, y el Ayuntamiento se convirtió en motor de muchas de ellas, a pesar del caciquismo municipal ejercido por diferentes grupos de poder. A partir de 1860 la ciudad contará siempre con prensa propia, habrá teatros, casinos, sociedades recreativas, un comercio variado y una educación en la que a finales del siglo XIX formará parte la práctica de la gimnasia y el deporte, por influencia del elemento militar.

La contienda entre España y Marruecos, producida por un problema de límites en 1859-60, ensanchará el territorio de la población, al que dará una tímida expansión que permitirá contar con cierta ganadería y agricultura. Se conseguirá la promesa de puerto, que se hará realidad ya en el siglo XX y se irá consiguiendo, poco a poco, minimizar el papel de la plaza militar, limitándose la justicia militar a la población que lo era, echando abajo parte de unas murallas ahora innecesarias, o impulsando la desaparición del penal.

El movimiento colonial se fijó en Ceuta como una cabeza de puente para la incursión en Marruecos. La ciudad estaba llamada a ser un puerto de entrada de peso, pero en la realidad terminó siéndolo más aún, ya que al declararse internacional a Tánger, Ceuta era el único puerto de importancia para la entrada de personas y mercancías.

Esas esperanzas en el papel de Ceuta en la región serán el atractivo para la implantación de una nueva comunidad extranjera en Ceuta: La hindú.

Tímidamente irán llegando algunos comerciantes procedentes de la región de Sindh, en el actual Pakistán, formando parte de empresas internacionales. Hasta los años 20 del siglo XX no encontramos a mujeres y niños, germen de una comunidad real, que se consolidará tras la Independencia de la India y hoy en día es muy respetada, y esencial en el desarrollo económico y la inversión de la ciudad (Tarrés 2013: 83).

Efectivamente, ya en el período de configuración del protectorado en Marruecos, se impulsan las obras del nuevo puerto, vigiladas de cerca por Alfonso XIII que las visitó en 1904, 1909 y 1927. En 1912 se inicia la administración por España de la Zona norte, con capital el Tetuán, y con ello se cierra el Penal, se impulsan las instituciones civiles, y se transforma la ciudad, tanto internamente como en su relación con la región, mediante nuevos transportes especialmente el ferrocarril a Tetuán, las carreteras hacia el interior de Marruecos o las nuevas líneas de barcos correos que la unirán con la Península.

El período denominado de *Pacificación*, que llega oficialmente hasta 1927 aumentará notablemente el número de habitantes, que harán desaparecer la modesta población luso-andaluza, para dar paso a una ciudad moderna, pero con grandes carencias para las capas más bajas de la población.

La comunidad musulmana irá creciendo merced a la creación de los Grupos de Fuerzas Regulares Indígenas, aunque con muy escasas posibilidades de integración legal y personal, que con la Independencia de Marruecos se reducirán aún más, ante la renuncia a la nacionalidad y la integración de muchos militares en las recién creadas fuerzas armadas marroquíes. Esa deuda no será pagada hasta las medidas de fomento de la nacionalidad iniciadas por el gobierno socialista de Felipe González.

República, Guerra Civil y Dictadura

La Segunda República no tuvo la repercusión deseada en la ciudad ni tampoco en el Protectorado. Las cosas cambiaron bastante poco, excepto en lo referente a las libertades políticas y sindicales, la de prensa y el fomento de la educación.

En Ceuta no hubo Guerra Civil, salvo los bombardeos de la aviación republicana, algunos muy sangrientos. El 18 de julio de 1936 la ciudad estaba ya tomada por las fuerzas sublevadas, por lo que lo único que se vivió fue la represión. Una represión que se cebó en políticos y sindicalistas de izquierda, siendo más benévola con los miembros de la masonería, tan perseguida en toda

España, pero que aquí estaba ligada a una burguesía tan liberal en lo económico como anticlerical y masónica.

La crisis económica que ciñó a los españoles después de la Guerra, comenzó a levantar tímidamente a mitad de los años cincuenta, justamente en el momento en el que se produce la Independencia de Marruecos. Ello llevará a la ciudad reinventarse de nuevo, ya sin la dependencia tetuaní, que había sido fuerte durante las décadas anteriores, aprovechando su condición de puerto franco para reforzar una economía comercial, que tendrá sus mejores momentos con el cierre de la Verja de Gibraltar, en 1969, derivando ese comercio con bajo nivel impositivo a Ceuta.

La dictadura se caracterizó por una devolución del poder, en todas las instituciones locales, al Ejército, que copaba los cargos en la administración del Estado y la municipal, con militares retirados que pasaban a lo que se denominaban *Destinos civiles*. En la sanidad y la asistencia hospitalaria el dominio era completo, y en la enseñanza había también muchos militares habilitados para ejercer la docencia.

De la Dictadura a la Democracia

El fin de la dictadura dejó de nuevo a la ciudad en una cierta inseguridad hacia el futuro. Marruecos reavivó sus reivindicaciones contra Ceuta y Melilla, mientras que la izquierda solía ver con recelo cualquier cosa que viniera de las antiguas plazas militares.

En socorro de estas cuestiones vino la integración de España en la Comunidad Europea. Se reguló el papel de Ceuta en el marco de fronteras y desde Bruselas llegaron planes de inversión que hicieron perder el miedo a quienes deseaban iniciar o continuar sus negocios en la población. Las comunidades minoritarias, aprovechando también las posibilidades legales que ofrece la legislación de los gobiernos socialistas, solicitarán masivamente la nacionalidad española, que ahora significaba también ser ciudadano de la Unión Europea.

Los Fondos Feder se convirtieron en los años 80 en el motor de reforma de la Ciudad, que con la promulgación de su Estatuto de Autonomía, en 1995, pudo dirigir su actividad con gran independencia de Madrid.

Ceuta hoy es gobernada, dentro del marco de su Estatuto de Autonomía, por una Asamblea de 25 miembros, con competencias en casi todas las áreas salvo justicia, educación y sanidad, más las que siempre se ha reservado el Estado en el resto de Autonomías.

El impulso de sus autoridades han conseguido aumentar de forma importante sus plazas educativas y hospitalarias, dar solución a los problemas del comercio, aunque el transporte y la aplicación del IPSI (Impuesto sobre la Producción y los Servicios y la Importación) sea un inconveniente constante para el libre tránsito de mercancías, que ha estrangulado totalmente las posibilidades territoriales de la población.

Otra de las asignaturas pendientes ha sido la creación de instituciones universitarias, que hoy en día, entre la UNED y el Campus Universitario han dado soluciones a las reivindicaciones históricas de los ceutíes. Ello no es óbice para que buena parte de los estudiantes aprovechen el período de formación universitaria para curar sus estudios en otras poblaciones, como ha sido costumbre siempre, lo que les ofrece nuevas perspectivas de desarrollo intelectual y personal.

Naturalmente, Ceuta sigue siendo una población de frontera, con los problemas que eso provoca. Cualquier momento de crisis o de bonanza se refleja en la convivencia a un lado y otro de esa línea que, sin haber sido nunca imaginaria, ante la presión migratoria de grupos llegados de la zona subsaharianas, se ha transformado en una enorme valla que trata de no saturar las posibilidades de asunción de más población por un territorio que apenas rebasa los 20 kilómetros cuadrados.

Ceuta es una ciudad que nunca ha estado anclada en el pasado. Sigue recibiendo comunidades nuevas, como la china, hoy posiblemente más numerosa que alguna de las minorías históricas locales, pero vive con preocupación la emigración subsahariana y de otras regiones, no por negarse a recibirla, sino porque sabiendo que está simplemente de paso, que su destino está al otro lado del Estrecho, se siente impotente para ofrecerle soluciones. Es consciente de la resistencia de las instituciones europeas a recibirla y darles salida en la Unión Europea, pero también sabe que la solución no es convertir a Ceuta en un callejón sin salida, en un depósito provisional de personas que pueden estar años esperando una solución.

Así y todo, Ceuta es una ciudad que cree en su futuro. Que se reinventa constantemente. Y eso se nota en sus calles, en su comercio muy activo, en que los mediodías son largos y las noches en los lugares de diversión más aún. Es decir, que es una ciudad en la que sus ciudadanos disfrutan de su vida, con raíces, y eso es futuro.

Bibliografía

- Baeza Herrazti, Alberto, 1998. “Una fecha histórica para Ceuta: 21 de agosto de 1415”, en *Homenaje al Profesor Carlos Posac Mon*, Ceuta: Instituto de Estudios Ceutíes, t. II, 9-47.
- Bernal Casasola, Darío; del Hoyo Calleja, Javier; Pérez Rivera, José Manuel, 1998. “Isis en Mauretania Tingitana. Un nuevo testimonio epigráfico de su culto procedente de Septem Frantres (Ceuta)”, en *Convegno Internazionale di Studi sull’Africa Romana XII, L’Africa Romana XII*, Sassari, 1341-1353.
- Bravo Pérez, Juan, 1988. “¿Fondearon los fenicios sus naves en las costas de Ceuta?”, en *Cuadernos del Archivo Municipal*, Ceuta, 1/1988, 5-10.
- Caro, Lucas, 1989. *Historia de Ceuta. Es del Presb^o...*, transcripción, introducción y notas José Luis Gómez Barceló. Ceuta: Ayuntamiento de Ceuta, Servicio de Publicaciones.
- Fernández Sotelo, Emilio A., 2000. *Basílica y Necrópolis Paleocristianas de Ceuta*. Ceuta: Museo de Ceuta.
- García Moreno, Luis, 1988. “Ceuta y el Estrecho de Gibraltar durante la antigüedad tardía (siglos V-VIII)”, en *Actas del I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar, Ceuta 1998*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1095-1114.
- Gómez Barceló, José Luis, 2002. “Ceuta”, en Sánchez Herrero, José (coordinador), 2002. *Historia de las diócesis españolas: Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta*. Madrid-Córdoba: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Gómez Barceló, José Luis, 2004. “El obispado de Ceuta en los siglos XIX y XX”, en *Actas de las IV Jornadas de Historia de Ceuta: Ceuta en los siglos XIX y XX*, Ceuta: Instituto de Estudios Ceutíes, 113-151.
- Gómez Barceló, José Luis, 2006. “La Almina: Una propuesta urbana para la Ceuta de los Borbones”, en *Actas de las VI Jornadas de Historia de Ceuta: La formación de una ciudad: Apuntes sobre urbanismo histórico de Ceuta*, Ceuta: Instituto de Estudios Ceutíes, 49-70.
- Gómez Barceló, José Luis, 2008. “Los santuarios islámicos de Sidi Bel Abbas, Sidi Embarek y Sidi Brahim”, en *Cuadernos del Archivo Central de Ceuta*, Ceuta, nº 17, 325-342.
- Gómez Barceló, José Luis, 2014. “Presencia y vida de los judíos en la Ceuta de los siglos XV al XX”, en *Actas de las XVI Jornadas de Historia de Ceuta: Los judíos en Ceuta, el norte de África y el Estrecho de Gibraltar*, Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, 185-276.
- Gómez Barceló, José Luis, 2017. *Semblanza histórica de Ceuta*. Ceuta: Archivo General de Ceuta, 4ª edición.

- Gómez Barceló, José Luis, 2017a. “La castellanización de Ceuta bajo la Corona de Austria”, en *Cuadernos del Archivo General de Ceuta*, Ceuta, nº 21, 91-101.
- Gozalbes Busto, Guillermo, 1989. “Dos siglos olvidados en la historia de Ceuta”, en *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, nº 4, Ceuta, 21-36.
- Gozalbes Busto, Guillermo, 1990. “De la Ceuta bizantina a la Ceuta islámica”, en *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, nº 6-7, Ceuta, 19-26.
- Gozalbes Cravioto, Enrique, 1986. *Los Bizantinos en Ceuta (siglos VI-VII)*. Ceuta: Publicaciones CajaCeuta.
- Gozalbes Cravioto, Enrique, 1989. *Notas para la historia de los Judíos en Ceuta (Siglos XI-XVI)*. Ceuta: Publicaciones CajaCeuta.
- Hagerty Fox, Miguel José, 1978. *Los cuervos de San Vicente*. Madrid: Editora Nacional.
- Hita Ruiz, José Manuel y Villada Paredes, Fernando, 2007. *Un decenio de arqueología en Ceuta 1996-2006*. Ceuta: Museo de Ceuta.
- Lería Ortiz de Saracho, Manuel, 1961. *Un siglo en la Historia de Ceuta (931-1031)*. Ceuta: Centro de Hijos de Ceuta.
- Pisano, Mateus de, 1915. *Livro de Guerra de Ceuta: escrito en 1460*. Lisboa: Academia das Ciencias de Lisboa.
- Posac Mon, Carlos, 1962. *Estudio arqueológico de Ceuta*. Ceuta: Instituto Nacional de Bachillerato de Ceuta.
- Ramos Muñoz, José; Bernal Casasola, Darío; Vijande Vila, Eduardo et.al., 2013. *El abrigo y cueva de Benzú. Memoria de los trabajos arqueológicos de una década en Ceuta (2002-2012)*. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Ros y Calaf, Salvador, 2017. *Historia eclesiástica y civil de la célebre ciudad de Ceuta*, transcripción, introducción y notas José Luis Gómez Barceló. Ceuta: Archivo General de Ceuta.
- Sánchez Herrero, José (coordinador), 2002. *Historia de las diócesis españolas: Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta*. Madrid-Córdoba: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sotomayor Muro, Manuel, 1995. “Sepulturas “ad sanctos” y la Basílica de Ceuta”, en *Actas del II Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar, Ceuta 1990*. Madrid, t. II, 527-534.
- Tarres, Sol, 2013. “Los hindúes de Ceuta”, en *Encuentros. Diversidad religiosa en Ceuta y en Melilla*, Rafael Briones, Sol Tarrés y Oscar Salguero, Madrid: Icaria Editorial. Pluralismo y Convivencia.
- Vallvé Bermejo, Joaquín, 1962. “Descripción de Ceuta Musulmana en el siglo XV”. Muhamad ibn al-Muhammad ibu Ahamad ibn 'Abd al-Malik al Ansari, en *Al-Andalus*, XXVII-2º, Granada, 398-442.

- Villada Paredes, Fernando (coordinador), 2009. *Historia de Ceuta: De los orígenes al año 2000*, 2 tomos. Ceuta: Instituto de Estudios Ceutíes.
- Zurara, Gomes Eannes, 1918. *Crónica da Tomada de Ceuta por el Rei D. Joao I*. Lisboa: Academia das Ciencias de Lisboa.